

## Los Libros

“ASEDIO”, de *Enrique Lafourcade*. Editorial Universitaria.  
Santiago, 1956

Dos novelas cortas componen este volumen. La primera, titulada *Asedio*, sirve de portada. La segunda, más breve, relata *La muerte del poeta*. He aquí un total de cien páginas de prosa dinámica, sin perífrasis inútiles, ni remansos ancilares que hubiesen desvirtuado la intención y el ritmo novelesco.

Una pregunta y una respuesta del filósofo Spinoza constituyen el nervio de *Asedio*. A medida que fluye la marcha rectilínea de los personajes, ambas cobran sentido: “¿La Moral? Una especie de tristeza que, lejos de aumentar la potencia de la vida, la disminuye”.

Así es, en efecto, por lo menos en los ámbitos del Comunismo, en una organización política en donde la personalidad se pulveriza, entre consignas y mandatos, entre principios que sería peligroso analizar y discutir.

Tal vez, en la novela de Enrique Lafourcade esté ausente la finalidad didascálica. Sin embargo, la admonición brota de una manera natural, la advertencia habrá de quedar vibrando en muchas sensibilidades.

El tema es sencillo. Un miembro del Partido Comunista recibe en depósito unos millones de pesos. Sin saber por qué lo convierten

en cajero, en guardián de unos fondos, destinados a financiar un Congreso. Así lo ha querido la tremenda ironía del destino. Porque un pobre diablo, que no tiene lo imprescindible para comer, zarrandeado por la miseria, con hijos enfermos y esposa que gime y protesta, guarda en su casa un atado de billetes, una fortuna, la felicidad potencial.

Lafourcade establece tales contrastes de manera directa. Diríase que habiendo descubierto al protagonista lo rodea de manera implacable, no lo deja ni un momento, lo sigue para registrar sus mínimas reacciones, convencido de que su tristeza habrá de disminuirle la potencia vital, hasta caer anulado en un gesto inútil.

El problemático cajero cae en las redes de un amigo charlatán, es víctima de un engaño. Los billetes se desvanecen. Y entonces, el hombre honrado huye, quiere saltar más allá de su propia e inexorable sombra. El final ya está previsto. Las aguas del mar recogerán al suicida. Su decisión habrá sido inútil, porque los billetes eran falsos, porque ese dinero, puesto en manos de los confiados comunistas nacionales, hubiera servido, tan sólo, para delatarlos.

He ahí, pues, que un hombre estuvo a punto de convertirse en una especie de héroe, ya que su huída pudo ser interpretada como una visión inteligente, como la adivinación de una trampa. Pero la vida de los hombres honrados no suele estar dirigida por tales intuiciones.

La acción se dispara vertiginosa. El diálogo está reducido a sus elementos esenciales, a una especie de lenguaje hablado, sin aditamentos preciosistas ni excesivamente literarios. Con unas pinceladas se nos da la visión del vivir en los conventillos. Unas horas más tarde tenemos al personaje deambulando por los cerros de Valparaíso. Un jirón de los bajos fondos está centrado en las figuras de unas ramera. Hay una fuga de amor carnal, algo así como una ilusión florecida entre pesadillas y ramalazos de espanto. Después, otra vez la huída, empujado por el asedio de las sombras.

Sus últimas meditaciones son como una protesta: "Algún día los hombres tendrían esa posibilidad de ser felices. Dormirían tranquilos, y todo el tiempo que quisieran. Nadie dudaría de ellos. Serían honrados".

Enrique Lafourcade, con los elementos estrictamente imprescindibles, ha escrito una breve, pero intensa novela, usando un lenguaje hablado, funcional. He ahí un interesante aporte a la novelística nacional, un camino estético poco frecuentado por nuestros escritores.

*La muerte del poeta* es la segunda novela corta de este volumen. En su trasfondo adivinamos la figura del poeta Vicente Huidobro.

Aquí el diálogo cede su paso a la evocadora narración. El poeta cae al suelo herido de muerte. Sus días ya están contados. Y entonces vendrán los recuentos de fechas pasadas. Los días que el poeta viviera en París desfilarán en su recuerdo: "Los grandes vinos rojos. Las colegialas que hacían el amor con tanta dulzura. Los mendigos que recitaban a Rimbaud. El sol en el Luxemburgo, entre los castaños. El viejo Paul Lieutaud con sus violetas. El bosquecillo de Chartres donde recogía fresas con la hija del Alcalde, que olía a limón..."

Toda una serie de viñetas románticas. Al socaire de ellas, nos es dado reconstruir algunos aspectos del vivir de un poeta, de un hombre de carne y hueso, con sus expresiones de altura, con sus mínimas interpretaciones de la realidad.

Lafourcade ha recreado las últimas vivencias del poeta, sus convencimientos: "Javier saboreaba la idea de su muerte, los discursos, las anécdotas, los libros de crítica, los niños recitando en las escuelas. Su estatua de bronce. El premio póstumo del gobierno y el dolor de los seres que le habían amado. Debería ser un dolor a la altura de la circunstancia..."

*La muerte del poeta* es un sentido homenaje a la memoria del hombre que renovara la poesía en Chile. Su vida, evocada en esta obra con finas alusiones, fué como una farsa brillante, una especie de aventura llena de interesantes sorpresas.

Enrique Lafourcade, manejando materiales tan distintos, ha escrito dos novelitas de extraordinario interés. En ambas, los personajes son auténticos. Su estilo literario es de gran pureza.—*Vicente Mengod.*



“AMARILLO”. *Ximena Adriazola.* Poesía. Santiago de Chile, 1956

Su autora tendrá veinticinco años. Una edad que para la poesía aún no es adulta y que significa y pesa mucho en cualesquier enjuiciamiento que se haga de la obra. En Europa, recién un escritor es tal, después de la cuarentena. Salvadas las excepciones geniales, claro está. En Latinoamérica, es distinto. Hemos tenido niños geniales, Lautreaumont, Neruda mismo, precoces de un instinto artístico superior a cálculos científicos. Adriazola, empieza a publicar tempranamente. Y no tenemos ninguna duda de la generosidad de su talento poético. Su libro demuestra, entre otras excelencias, la falta de paternidades visibles. Ni la Mistral, ni Neruda, ni el obsesionante trágico y profundamente humano Vallejo, aportan objetivamente nada. Quien más cerca se encuentra de ella y de su expresión quizá sea el último gran poeta nombrado y esta cercanía se manifiesta a través de un estilo, que nos parece propio a las jóvenes generaciones descoyuntadas entre la crisis mundial, entre un pánico y otro. Pareciera que la sensibilidad del gran poeta peruano, adelantó simplemente una expresión que ahora sintetiza en las nuevas generaciones sus puntos de vista estéticos. Adriazola, tiene como Vallejo, esa expresión apoética, dispar, esa construcción sin reglas fijas, el sentido de síntesis apremiante, como si la vida se les fuera a terminar ahí mismo. La sensibilidad de esta poetisa, actúa en un plano familiarmente doméstico. Las colgaduras de terciopelo, las sillas de viena, los angelotes dorados entrevistados en la infancia, todo el mundo barroco de la familia clase media chilena, se transparenta en su poesía con una claridad de raudal profundo. No posee una concepción definitiva aún de los fenómenos humanos. Fluctúa en la cuerda fácil del sentimiento amatorio, más, dignificándole, pues entronca